

LA PSICÓLOGA

HELENE FLOOD

TUS RECUERDOS CAMBIAN. LA VERDAD, NO.

Helene Flood

La psicóloga

Traducción de Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano

Viernes, 6 de marzo: el mensaje

Fuera todavía estaba oscuro cuando se marchó. Me desperté cuando se inclinó sobre mí para besarme en la frente.

—Me voy ya —susurró.

Me di la vuelta, aún adormilada. Él llevaba el abrigo puesto, la bolsa colgando del hombro.

—¿Te vas? —murmuré.

—Sigue durmiendo —dijo.

Oí sus pasos en la escalera, pero me quedé dormida antes de que cerrase la puerta tras de sí.

Cuando me despierto, estoy sola en la cama. Por la ranura que queda entre el estor y el marco de la ventana se filtra un tenue rayo de sol que me da en los

ojos y me arranca del sueño. Son las siete y media. No es mala hora para levantarse.

Me dirijo descalza hacia el cuarto de baño, sorteando las virutas de madera aglomerada que hay sobre la moqueta del pasillo y los húmedos palés de madera que cubren el suelo de adobe del lavabo. No tenemos lámpara de techo ahí dentro, pero Sigurd colocó un foco de trabajo cuando retiró los azulejos y ahí sigue, como una presencia inquietante. Por suerte, a esta hora hay luz natural suficiente como para no tener que encenderlo. Es práctico, como todos los focos, pero su luz es despiadadamente blanca y hace que me sienta como si me estuviera duchando en un vestuario de instituto. Abro el grifo para que el agua se vaya templando mientras me desnudo. Hay que cambiar el calentador, pero Sigurd suele ducharse rápido y yo hoy no voy a lavarme el pelo, por lo que habrá agua caliente para los dos.

La mampara de la ducha es de plástico. También se suponía que iba a ser temporal. Sigurd ha diseñado una ducha para nosotros, una cabina de ladrillo con puerta de vidrio y pequeños azulejos blancos salpicados de azul. De todas las habitaciones a medio hacer que hay en la casa, es en el cuarto de baño donde esa situación resulta más evidente. Los azulejos viejos han desaparecido y los nuevos no han sido colocados aún. No tenemos iluminación, ni cortinas en condiciones. Caminamos por encima de palés para no estropear el

suelo, hay un agujero en la pared del que sale el agua, y tenemos esta mampara provisional, un vestigio del abuelo materno de Sigurd. Durante un tiempo conseguí imaginarme cómo llegaría a ser la casa cuando deambulaba por ella en obras: los azulejos salpicados de azul, las paredes lisas, los focos empotrados; notaba las cálidas baldosas bajo las plantas de los pies, el agua caliente perfectamente regulada por una alcachofa moderna con varias funciones. Ahora, en cambio, lo único que veo es todo el tiempo que esto nos va a llevar. Mientras pongo la mano bajo el chorro de agua y noto que la temperatura va subiendo, me doy cuenta de que, de alguna manera, he dejado de creer que vayamos a terminar la casa algún día.

El agua caliente me despeja. Aquí dentro hace frío. En el dormitorio se está bien, pero el cuarto de baño está congelado. El invierno ha sido largo, y me he pasado todas las mañanas dando saltitos desnuda con una mano debajo del chorro de agua. Ahora, al menos, se va acercando la primavera. La ducha me sienta bien, martillea mi fría piel; acumulo agua con las manos y me mojo la cara, sintiendo que por fin dejo la noche atrás y el día se aferra a mí.

Viernes. Tres pacientes, la pandilla habitual de los viernes. Primero Vera, luego Christoffer y, finalmente, Trygve. Es mala idea poner a Trygve el último un viernes, pero resulta muy tentador cada semana cuando acabo la consulta. Acumulo agua con las manos

de nuevo, me la echo en el rostro y me froto las mejillas. Sigurd se quedará en Norefjell con sus amigos hasta el domingo. Estaré sola todo el fin de semana.

Regreso a la habitación para vestirme, no quiero estar en el baño ni un segundo más de lo necesario. Me siento en la cama. Noto un denso olor a sueño, mío seguro, y quizá también suyo. No he mirado el reloj cuando se ha marchado, tal vez hayan pasado ya varias horas. No tenemos ningún armario, pero Sigurd ha montado una barra de metal entre el conducto de la chimenea y la pared en la que hemos colgado vestidos, camisas y chaquetas. Su ropa está colocada de cualquier manera; la mía está dispuesta por colores en una fila ordenada. Miro la suya: no parece que falte nada, pero también es cierto que se iba directo a la montaña. La bolsa que había en el suelo no está, y recuerdo que la llevaba colgada del hombro cuando se ha marchado. Me pongo unos pantalones, me visto de forma sencilla y elegante para el día y, mientras elijo una fina blusa de color azul, pienso que en tan sólo cuestión de horas puedo volver a venir aquí y coger algo de ropa deportiva si decido ir al gimnasio, o ponerme un pantalón de pijama y una camiseta amplia si prefiero no salir. Únicamente tengo tres pacientes.

Tres pacientes es en realidad muy poco. Debería atender a cuatro todos los días, y lo óptimo sería tener cinco uno o dos días a la semana. Ésos fueron los

cálculos que hice cuando empecé a trabajar por mi cuenta.

—En una consulta privada hay menos papeleo —le dije a Sigurd mientras lo planificábamos sentados en la cocina de nuestro viejo piso en el parque de Torshov, elaborando el presupuesto en una hoja de Excel—; podría atender a cuatro pacientes todos los días sin problemas, quizá cinco. Cinco la mayoría de los días. Al menos una vez por semana, pero, vamos, no nos vendría mal algo más de dinero.

Nos reímos.

—No vayas a matarte a trabajar... —contestó Sigurd.

—Mira quién fue a hablar —repliqué.

Él se puso por su cuenta en esa misma época, había hecho sus propios cálculos, que introdujo en la misma hoja de Excel. Mínimo ocho clientes a la vez, aunque si pudieran ser diez, mejor. Ayudaría a los otros socios cuando lo necesitasen; todas las horas contaban.

—Habrà que hacer algunas horas extras —nos dijimos—, pero eso significa más ingresos, es dinero para el bote común.

Ahora casi todos los días tengo tres pacientes y es excepcional que reciba a cinco en una misma jornada. ¿Por qué ha acabado siendo así? Encontrar pacientes resulta más difícil de lo que había esperado, y los adolescentes cancelan sus citas a menudo, pero

eso es sólo parte del motivo. Me abrocho los últimos botones de la blusa, que queda cerrada de forma decorosa. Se me olvidó calcular un factor importante aquel día en la cocina de Torshov, con la vieja lámpara de escritorio de Sigurd iluminando el ordenador y los papeles sobre los que garabateábamos: el factor humano. Incluso yo, que disfruto de la soledad, necesito de los demás. Descarté a mis compañeros de un plumazo, y jamás habría imaginado que me sentiría sola. Que eso me convertiría en una persona pasiva. Si alguien me hubiese dicho hace un año lo duro que iba a ser promocionarme para conseguir más pacientes, las reticencias con las que iba a encontrarme, no lo habría creído.

Para mí, el desayuno es la mejor comida del día. Me siento frente a la isla de la cocina con el periódico, una rebanada de pan y una taza de café. Prefiero comer sola. Sigurd siempre se marcha temprano, tras beberse de un trago el café de pie junto a la encimera. A mí me gusta tomarme mi tiempo. Leer los artículos de opinión del *Aftenposten*, las reseñas de cine. Contemplar el día.

Ha dejado su taza sin recoger. Está ahí, en la encimera, junto a la pila. Las superficies de la cocina son una de las pocas cosas de la casa que están bastante terminadas, y la encimera es tan brillante que, desde

donde estoy sentada, puedo ver el semicírculo de café que hay debajo de su taza. Cómo no. Es posible que la capacidad de observar una mancha de café debajo de una taza, migas de pan bajo la tostadora o gotas de agua sobre la superficie de la encimera sea una diferencia biológica entre hombres y mujeres. Sigurd quiere tener una casa bonita, lo planifica todo al milímetro, dibuja planos minuciosos e imponentes presentaciones con gráficos, pero falla en lo que a los detalles se refiere. Meter la taza en el lavavajillas. Limpiar la encimera. Recoger el ordenador por la noche. Son pequeñas cosas sin importancia, así que, ¿por qué me quejo?, ¿por qué dejo que me irriten? Sin embargo, por otro lado me pregunto: ¿por qué no puede sacrificar los tres segundos exactos que tardaría en hacerlas?

Estoy pensando en eso cuando miro el perchero de la pared donde suele estar el portaplanos de Sigurd. Lo usa para transportar los planos que trae y lleva de vuelta al trabajo, es un tubo gris de plástico duro con una correa negra sujeta a cada extremo, y siempre lo cuelga en la misma percha cuando lo trae a casa. Arrugo la frente mientras contemplo el colgador vacío. ¿No iba a conducir directamente hasta casa de Thomas para recogerle? ¿No lo dijo de forma explícita? Y ¿no estaba el portaplanos colgado en el gancho anoche?

Siempre me ha parecido muy difícil pasar por alto las incoherencias: veo a la gente hacerlo y la envidia

por ello. Sigurd no iba a ir a la oficina, aunque quizá yo lo malinterpreté. Iba a ir directamente a casa de Thomas, dijo, o tal vez yo lo oí mal; es posible que tuviera que resolver algo rápido en el trabajo primero. Puede que dejara el portaplanos en el trabajo, y cuando recuerdo que estaba aquí ayer, en realidad estoy pensando en el día anterior. Las cosas deben de ser mucho más fáciles de ese modo. Los que tienen mala memoria parecen menos desconfiados a ojos de los demás, menos obstinados. Pongamos por caso este ejemplo: recuerdo, sin ninguna duda, que ayer estuvimos hablando de sus planes para hoy, que me levanté del sofá (en nuestro rincón provisional para el sofá) y me acerqué a la cocina para vaciar las últimas gotitas del té en el fregadero, tirar la bolsita de té a la basura y meter la taza en el lavavajillas; recuerdo que me volví, quizá a un metro de la isla de cocina donde ahora estoy sentada, y le dije a Sigurd: «Entonces ¿a qué hora os vais mañana?». Y recuerdo verlo a él con la misma claridad que si estuviese viendo una imagen suya, de esas que tienen una resolución fantástica, mil millones de megapíxeles, de modo que cada impureza de la piel queda plasmada en detalle. Recuerdo su jersey desgastado y los pantalones agujereados que a menudo lleva por las noches, recuerdo que se pasó una mano por los rizos alborotados, que me miró con los ojos entornados, cansados, como si lo despertase, y dijo:

—Eeh... Me marcho temprano. Intentaré estar en casa de Thomas a las seis y media.

Y yo repuse:

—¿A las seis y media?

Y él dijo:

—Sí. Así llegamos por la mañana y podemos pasar todo el día en la pista.

Luego tal vez lo olvidó y se llevó el portaplanos. Quizá pensó en trabajar un poco desde la cabaña. Después a lo mejor cambió de idea y decidió pasarse por la oficina.

Mi memoria es demasiado precisa. Recuerdo con excesiva nitidez su aspecto cuando hablamos del tema: llevaba puesto ese espantoso jersey beige con el cuello negro, el que parece comprado por su madre, y de hecho así es, fue ella quien se lo compró, antes de que él me conociera; me lo aseguró la primera vez que osé comentar lo horripilante que era. Es un detalle totalmente insignificante, no algo que necesite recordar. Como tampoco es importante, por ejemplo, recordar que respondí «de acuerdo» y di media vuelta, y que cuando hube dejado la taza de té y eché un vistazo al sofá, él ya estaba sentado con el ordenador sobre el regazo y los ojos clavados en la pantalla, el ceño fruncido, la boca entreabierta, y que yo reprimí el impulso de pedirle que encendiese más luces: «Vas a estropear-te la vista, y quítate el ordenador del regazo: reduce la calidad del esperma, y es posible que necesitemos que,

en algún momento, la calidad sea óptima. Y no te quedes en el sofá con el cuello inclinado: vas a acabar con dolor de espalda».

En vez de ello, lo único que dije fue:

—Subo a acostarme. Buenas noches.

Todo esto carece de importancia. Hay que saber distinguir lo que tiene importancia de todo lo demás. Si uno lo recuerda todo, es más difícil discernir lo verdaderamente significativo, lo que es preciso recordar.

Desde la ventana del cuarto de baño puedo ver cómo el primer paciente del día sube por el sendero en dirección a mi consulta, situada encima del garaje. Vera inclina un poco la cabeza hacia delante cuando camina, lo que le confiere unos andares muy característicos, la manera de moverse de una adolescente que todavía no se ha acostumbrado a su cuerpo adulto. Si le preguntases a ella, diría que se siente bastante adulta. Inspiro hondo y la sigo con la mirada hasta que entra en el despacho. Sólo tres pacientes y, luego, fin de semana. Me siento cansada, y eso que acabo de levantarme.

Me lavo los dientes mientras hago equilibrios sobre uno de los palés que Sigurd trajo de una de sus visitas de obra y que luego colocó en el suelo del baño. El lavabo pertenecía al viejo abuelo Torp, igual que la mampara de la ducha, lo que significa que fue

instalado antes de 1970 y que jamás se ha renovado, a menos que el viejo Torp lo hiciera por su cuenta. El grifo tiene una llave para el agua fría y otra para el agua caliente, y, cuando las miro, hasta puedo ver sus retorcidas manos castigadas por la artritis girándolas. El abuelo de Sigurd no creía en los bienes terrenales. Según él, era inevitable que los comunistas acabaran gobernando Noruega. Debió de sentirse decepcionado por el hecho de que tardasen tanto, llevaba esperándolo desde los años cincuenta. Hasta su último suspiro, en el despacho de la buhardilla, siguió manteniéndose firme como una roca en sus convicciones, pese a la caída de la Unión Soviética y el ascenso de China como superpotencia económica mundial. El viejo zorro debió de sentirse abatido, no obstante, cuando su salud empeoró al mismo tiempo que los estados comunistas del mundo iban rindiéndose a las ideas capitalistas. Vivió sus años dorados durante la guerra fría, y su orgullo era evidente cuando contaba a todos sus invitados, por lo general la madre de Sigurd, Sigurd o yo misma, que los servicios de inteligencia de la policía habían abierto un expediente sobre él en los setenta. Sin embargo, tras su muerte el año pasado lo único que queda de él son los recuerdos de esta casa: sus viejas estufas y sus grifos, y el despacho de la buhardilla, que de momento sigue intacta, con sus estanterías de varios metros repletas de libros, pilas de revistas del partido comu-

nista noruego, mapas con pequeñas chinchetas que señalan lugares que el abuelo Torp consideraba objetivos de importancia estratégica y el viejo revólver oxidado —cuyo dueño, por lo visto, había luchado en la Revolución rusa— que había adquirido en la década de los setenta para protegerse o para darles motivos a los servicios de inteligencia para vigilarlo de cerca.

La muerte del viejo Torp nos brindó a Sigurd y a mí la posibilidad de cumplir el sueño de tener una casa propia. En los años cincuenta, Nordberg había sido una zona de la ciudad como otra cualquiera, pero con el tiempo su prestigio se ha ido incrementando y, en 2014, resultaba imposible del todo para parejas jóvenes como nosotros hacerse con el suficiente capital como para asentarse en esta zona. De camino al metro tras visitar el viejo caserón podríamos haber exclamado entre suspiros: «pero mira las vistas», «está en pleno entorno natural, muy cerca de los bosques», «a pocos minutos de la ciudad», y «desde aquí se puede contemplar el fiordo». Pero para qué hacerlo. Una casa adosada en un suburbio alejado y sin vistas a ningún sitio era lo único que podíamos permitirnos. No obstante, dos días después de que el anciano fuese encontrado, de que se lo declarara muerto y se enviara el cuerpo a una funeraria para los preparativos del entierro, la madre de Sigurd llamó por teléfono y dijo:

—Oye, ¿no sería la casa del abuelo en Kongleveien perfecta para vosotros?

Margrethe es hija única y vive en un moderno chalé en Røa. El hermano de Sigurd, Harald, vive en San Diego y no necesita casa en Oslo. Tras la muerte del padre de Sigurd, Harald se convirtió en propietario de su cabaña, que prometió no vender hasta que la madre de ambos fuera demasiado mayor para poder disfrutar del lugar, y también recibirá su parte, en el futuro, cuando se venda la casa de Margrethe. De modo que la casa del viejo Torp nos fue cedida a nosotros.

Un detalle incómodo sobre la muerte del viejo Torp es que pasaron casi tres semanas antes de que lo encontrasen. Murió en su despacho, justo encima del dormitorio que Sigurd y yo compartimos ahora, mientras estaba sentado con un termo de café, contemplando un mapa de la época en la que todavía había una Alemania del Este y otra del Oeste. Lo más probable es que se le parase el corazón. No fue ninguna sorpresa, ya que el hombre tenía casi noventa años. Tampoco era un tipo especialmente sociable y no recibía visitas de otras personas que no fueran miembros de su familia más cercana. Margrethe estaba de viaje cuando sucedió, en una de sus estancias de dos meses en lugares más cálidos, y al principio Sigurd y yo nos habíamos encargado de visitarlo cada semana para comprobar que todo fuese bien.

Pero estábamos ocupados, teníamos trabajos y vida propia, y dejamos de ir alguna que otra semana. Cuando volvimos, más de dos semanas después, nada más introducir Sigurd la llave en la cerradura notamos el silencio.

—¿Abuelo?! —voceó Sigurd.

Recuerdo que nos miramos el uno al otro con una sonrisa de disculpa, sintiéndonos algo culpables por haber dejado al viejo comunista solo tanto tiempo. Cuando pienso en aquella sonrisa de Sigurd ahora, veo la tensión que albergaba, como si se hubiese puesto imperdibles en las comisuras de los labios para mantenerla. Me siento tentada de decir que ya lo sabíamos, aunque sé que resulta demasiado dramático. Pero quizá nuestro sentimiento de culpa influyó a la hora de presentir que algo iba mal.

—¿Abuelo?

Fui yo la que lo encontró. Tenía la cabeza gacha, y el rostro sobre el mapa. Su piel estaba gris y rugosa, seca como el cuero e igual de exánime, salpicada de los hematomas que adquieren los cadáveres cuando llevan demasiado tiempo sin vida. Es una imagen que me gustaría poder borrar. Las uñas amarillentas parecían a punto de desprenderse. A los huesos de la nuca no les faltaba mucho para emerger a través de la piel de pergamino muerta. Flotaba un denso y concentrado olor a carne en proceso de descomposición. Apenas he subido a ese cuarto desde entonces. Tal

vez aquella conmoción fue lo que hizo que Margrethe decidiera ofrecernos la casa.

Queríamos hacer reformas de inmediato, arrancar los recuerdos de las paredes, vaciar la vivienda de la presencia de esa imagen y sentirla nuestra. Sigurd comenzó a hacer planos enseguida, yo elaboré presupuestos. La recién adquirida libertad económica nos brindaba algunas posibilidades. Algunos antiguos compañeros de facultad de Sigurd querían abrir su propio estudio de arquitectura y lo habían invitado a formar parte del proyecto. Ya no había ninguna cuota de comunidad ni hipoteca que pagar, y con la venta de nuestro piso obtuvimos la cantidad necesaria para que Sigurd se convirtiera en socio del estudio. Yo estaba a disgusto en mi trabajo de atención psicológica a adolescentes en el sector público. Ahora tendríamos sitio para instalar una consulta en nuestro hogar. La casa marcaba el comienzo de algo nuevo para nosotros. Cuatro días antes de mudarnos, fuimos al ayuntamiento de Oslo para casarnos. Luego comimos tarta Napoleón en la pastelería Halvorsens Conditiori con mi hermana y los dos mejores amigos de Sigurd, acompañados de sus novias. No iba a cambiar nada, seguiríamos siendo los mismos, pero queríamos tener todo el papeleo en regla. La primera noche que pasamos en la casa dormimos sobre un colchón inflable en el salón. Brindamos con prosecco y nos dijimos: «Ahora empieza todo».

Pero deshacerse del viejo Torp resultó más difícil de lo que habíamos imaginado. La reforma llevaba tiempo. Poner en marcha nuestros respectivos trabajos también. Sigurd hacía muchas horas extras, y el plan de reformar requería, ante todo, su presencia, su competencia, sus manos hábiles. Habíamos comenzado con excesivo entusiasmo y optimismo. Habíamos retirado tiras de papel pintado y los azulejos del baño. Hicimos progresos: teníamos cocina nueva y un despacho para mí encima del garaje. Pero, con el tiempo, todo aquel ímpetu empezó a decaer. Sigurd aceptó más clientes, y trabajaba jornadas más largas. Permanecía encorvado sobre su mesa de dibujo todo el día. Llegó el invierno, más frío, más oscuridad, y nos quedamos sin energías. Cuando acabábamos de trabajar no teníamos ganas de pintar, no nos apetecía ir a Maxbo a mirar alcachofas de ducha o grifos, ni a la tienda de azulejos o a la de pinturas, no preparábamos masilla para tapar grietas, ya no arrancábamos tiras de papel pintado, sino que nos hundíamos en el viejo sofá que habíamos traído de Torshov y veíamos la tele. A menudo Sigurd no regresaba a casa hasta muy tarde por la noche, con la espalda cansada y el portaplanos colgando del hombro.

«En verano —dijimos— dedicaremos las vacaciones a terminar la reforma.» Ahora quedan algo más de tres meses y me asusta haber perdido la fe. Ocurrirá alguna otra cosa. Llegará el otoño, y luego el frío,

habrá otro invierno largo en el que me tocará ir dando saltitos con los pies descalzos y congelados sobre los palés del cuarto de baño.

Tengo mi despacho en el piso de encima del garaje. Allí hay una sala de espera pequeñísima, con un estante zapatero, una silla de madera y una diminuta mesa con revistas, y luego una puerta que conduce a mi consulta. Vera está sentada en la silla, esperando. Tiene una revista sobre el regazo, pero intuyo que no la está leyendo. Alza la mirada cuando entro.

—Hola, doctora —dice.

Va recién peinada y desprende un aire de frescura matutino.

—Hola —contesto—. Espera un momento, sólo voy a... Ahora te aviso para que pases.

—De acuerdo —dice diligente con una ceja enarcada, un gesto que a menudo observo en su rostro, el pequeño atisbo de ironía que otorga a la mayoría de sus comentarios.

Entro en la consulta y cierro la puerta para que Vera no siga mis movimientos ahí dentro y recree con su imaginación todo lo que hago.

Sigurd ha resuelto bien la reforma de la consulta. No es grande, y el techo abuhardillado no facilitaba que se pudiera aprovechar el espacio. Derribó la pared en uno de los laterales cortos, el que está orienta-

do a la entrada de coches, y la sustituyó por una cristalera de arriba abajo. Ahí están colocados mis sillones, dos bonitas butacas de Arne Jacobsen, separadas por una pequeña mesa. Cuando nos sentamos ahí, mis pacientes y yo estamos en el lugar más luminoso de la consulta. En el techo, encima de las butacas, Sigurd ha instalado una ventana para que entre luz, y un par de lámparas sencillas crean un ambiente agradable en el rincón, al abrigo de las tempestades del otoño y del oscuro y gélido invierno. Junto a la otra pared corta, la que separa la consulta de la sala de espera, ha colocado mi pequeño escritorio blanco. Ha puesto estantes a lo largo de la pared a ambos lados de la puerta, hasta el ángulo del techo, para así tener suficiente espacio para mis libros y archivadores. La pared corta y el suelo son de madera clara y alegre, las paredes largas están pintadas de blanco, y todo es muy moderno y acogedor. He colocado un par de plantas donde el techo abuhardillado desciende hacia el suelo y, aunque es difícil mantenerlas con vida, porque la temperatura baja bastante cuando apago la estufa eléctrica al final del día, otorgan calidez a la estancia. «Aquí dentro puedes respirar —parece decir la habitación—. Puedes ser tú mismo. Nada de lo que digas en este sitio será juzgado, compartido con terceros ni ridiculizado.» Eso era lo que quería, una consulta que invitase a entrar a mis pacientes. Y lo he conseguido. Gracias a Sigurd.